

Ciclos políticos y comportamiento electoral de jóvenes y mayores en España, 1979-2011

JUAN JESÚS GONZÁLEZ* Y MIGUEL CAÍNZOS**

RESUMEN

En este artículo se examina el comportamiento electoral de jóvenes y mayores en España, atendiendo a su evolución a lo largo del ciclo electoral. Se sostiene que la conducta de estos dos grupos de edad sigue pautas cíclicas diferentes: los jóvenes tienden a la desafección al partido en el gobierno a medida que transcurre el ciclo político; los viejos se suman a la base electoral del partido gobernante una vez iniciado el ciclo, y perseveran en su apoyo hasta que un nuevo partido accede al gobierno. La intensidad de estas pautas es modulada por factores políticos específicos de cada ciclo.

1. UNA HIPÓTESIS GENERAL: DIFERENCIAS EN EL COMPORTAMIENTO DE JÓVENES Y MAYORES A LO LARGO DEL CICLO ELECTORAL

Vista en perspectiva histórica, una de las cosas que llama la atención cuando observamos el comportamiento electoral de los españoles en democracia es el contraste entre la estabilidad de nuestra reciente evolución político-electoral y la convulsión crónica de los dos siglos anteriores, como si la historia democrática de España

se escribiese por contraste con la memoria del pasado. Esa podría ser una de las explicaciones de la regularidad y la tendencia a ciclos políticos más bien largos que han prevalecido en los últimos treinta años de democracia, como si la inestabilidad y la convulsión del pasado hubiesen extremado la prudencia de los españoles, que se muestran desconfiados y cautelosos ante los avatares políticos, y optan por defecto por cerrar filas con el gobierno de turno, propiciando cambios únicamente cuando se dan circunstancias excepcionales en las que la continuidad parece tanto o más temible que el cambio¹. De ahí que si hubiera que subrayar una característica del comportamiento electoral de los españoles durante este tiempo, sería probablemente la aversión al riesgo, consecuencia comprensible de una larga memoria de inestabilidad y fracaso. De esta manera, España se ha incorporado plenamente a la pauta de democracias más antiguas y consolidadas, en las que la tasa de supervivencia de los partidos en el gobierno se sitúa en torno al 60 por ciento. En los últimos treinta años, en España nunca ha habido dos elecciones de cambio seguidas, predominando las elecciones de continuidad, y se registra una tasa de supervivencia como la mencionada, que se eleva al 73 por ciento si, en lugar de elecciones nacionales, tomamos como referencia las autonómicas (Urquizu, de próxima publicación). Nada que ver, en cualquier caso, con los propios antecedentes históricos del caso español.

¹ Como la crisis política ligada al afloramiento de escándalos de corrupción en un contexto todavía marcado por la recesión, en las elecciones de 1996; los atentados del 11-M y la ulterior actuación del gobierno, en las de 2004; y la gravísima situación económica, en las de 2011.

* Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, UNED (jgonzalez@poli.uned.es).

** Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Santiago de Compostela (miguel.cainzos@usc.es).

Ahora bien, el predominio de la estabilidad en términos agregados no implica necesariamente que las bases electorales de los partidos —en particular, de los que ostentan el gobierno— permanezcan inmutables a lo largo de cada ciclo electoral ni que el grado de lealtad o volatilidad de los electores no varíe en función de sus características sociodemográficas y su posición social. En particular, es razonable pensar que uno de los principales factores moduladores de la propensión a la continuidad será la edad, debido a que viejos y jóvenes difieren en su nivel de aversión al riesgo. Se podría, pues, esperar de los jóvenes una mayor capacidad de innovación y de apuesta por el cambio, frente a la prudencia y el conservadurismo de los mayores, más propensos a mantener su apoyo al partido en el gobierno hasta que este es relevado y se inicia un nuevo ciclo².

Con estas premisas iniciales, la idea que guía este artículo se puede expresar metafóricamente así: a su paso por el gobierno, los grandes partidos se asemejan a autobuses cargados de votantes, si bien estos votantes no tienen por qué ser necesariamente los mismos a lo largo del tiempo. Puede que el nivel de ocupación del autobús se mantenga más o menos estable durante el trayecto (hay que tener en cuenta que se trata de recorridos largos que pueden resultar fatigosos para algunos viajeros), pero, si el nivel de ocupación se mantiene, es porque los votantes que se apean en las sucesivas estaciones o convocatorias electorales son remplazados por otros. En particular, cabe esperar que el perfil etario de los viajeros se vaya modificando, de tal modo que, al principio del ciclo, el autobús vaya cargado de jóvenes movidos por la curiosidad y el afán de innovación, pero los jóvenes vayan dando muestras de desencanto y fatiga, dejando el asiento a viajeros más prudentes que solo se suben al autobús una vez que han comprobado la pericia del conductor y que el trayecto está exento de peligros.

En principio, en la medida en que se asienta sobre rasgos y orientaciones que están asociados a la edad con carácter general, este proceso de recambio podría operar con relativa independencia del contexto político y económico. En este caso, el comportamiento electoral de los jóvenes se podría considerar regido por las mismas reglas que cualquier otra forma de consumo, toda vez que

² Salvo indicación expresa en sentido contrario, en lo que sigue, llamaremos “jóvenes” a los menores de 30 años, y “mayores”, “viejos” o “ancianos”, indistintamente, a los mayores de 64.

estaría sujeto a la lógica implacable de la inflación de expectativas y la consiguiente decepción, que daría paso al retraimiento hasta que se produjese el inicio de un nuevo ciclo, gobernado, a su vez, por la misma lógica. La vinculación de los jóvenes con la política se caracterizaría, entonces, por su carácter condicionado y coyuntural, hallándose sujeta a revisión tan pronto como se produjera el desencanto. Al sentirse los jóvenes todavía bastante ajenos al mundo de los intereses materiales en que se desenvuelve la vida de los adultos y tener identidades ideológicas relativamente poco consolidadas, su comportamiento podría adquirir un fuerte componente expresivo y resultar, por ello, más vulnerable a la decepción y, en definitiva, más dado a la volatilidad.

Ahora bien, esta propensión de los jóvenes a apartarse paulatinamente del partido en el gobierno tras haber ayudado a auparlo a esa posición podría verse reforzada o atenuada por factores contextuales específicos, relacionados con las políticas concretas aplicadas en cada momento por los gobiernos y con sus efectos sobre los intereses materiales y/o los valores de los propios jóvenes. Lógicamente, en aquellos casos en los que la actuación del gobierno contraría las preferencias de los jóvenes o perjudique sus intereses, la mayor apertura al cambio que caracteriza a estos tendrá efectos electorales más fuertes que en situaciones en las que el gobierno promueve políticas que sintonizan con las demandas de la población juvenil.

De igual modo, los efectos de la aversión al riesgo y la tendencia a asumir como opción por defecto la continuidad del apoyo al partido del gobierno, que predominan entre los electores de más edad, se verán modulados por el tipo y la orientación de las políticas gubernamentales. Si las principales preocupaciones de los mayores (en particular, pensiones, sanidad y servicios sociales; de manera más general, el mantenimiento de la estabilidad social, política y económica del país) ocupan un lugar central en la agenda del ejecutivo, la lealtad de los ancianos alcanzará su máximo; en cambio, esta se verá aminorada cuando el gobierno sitúe en primer plano de su línea de actuación o de su discurso político temas que tienen una relevancia menor para el electorado de edades avanzadas, o cuando, por acción o inacción, contribuya a generar un clima generalizado de zozobra en la opinión pública.

En este artículo examinaremos la evolución del comportamiento electoral de los jóvenes y los

mayores a lo largo de las tres décadas de la reciente experiencia democrática española, a fin de comprobar en qué medida y bajo qué condiciones se ha ajustado a la pauta general que acabamos de describir, con los jóvenes actuando como avanzada o vanguardia del cambio electoral, y los viejos sirviendo como última línea defensiva para un partido de gobierno en retirada. Nuestro interés se centra, pues, en la fase final de tres ciclos (el correspondiente a la primera etapa socialista, liderada por Felipe González; el de la etapa popular, liderada por José María Aznar; y el correspondiente a la segunda etapa socialista, liderada por Rodríguez Zapatero), contraponiéndola al momento de arranque de esos mismos ciclos.

2. LA DINÁMICA DE LOS CICLOS

¿Qué factores distintivos de cada uno de estos períodos podrían influir, ya sea para potenciarlo y acelerarlo o para neutralizarlo, sobre el diferencial de apertura al cambio electoral entre jóvenes y viejos?

En el caso de la primera etapa socialista, se puede suponer que se haya producido un envejecimiento del electorado del partido gubernamental entre principios de los años ochenta y mediados de los noventa, debido a un doble movimiento de atracción de los mayores y expulsión de los jóvenes provocado por las políticas económicas y sociales de los sucesivos gobiernos de Felipe González. Esto crearía unas condiciones favorables a la acentuación del contraste entre las predisposiciones que hemos atribuido a jóvenes y ancianos. Otro tanto cabría esperar en el caso de la etapa popular, con motivo de la posición del gobierno acerca de la intervención militar norteamericana en Irak y la manera en la que José María Aznar gestionó la crisis del 11-M en 2004, que debería haber provocado una reacción más negativa –y, por tanto, una pérdida de votos más intensa– entre los jóvenes, en general más sensibles a este tipo de materias. Detengámonos un momento en las características de estos dos períodos.

De acuerdo con numerosos análisis, las políticas sociales y laborales aplicadas por el gobierno a finales de los años ochenta y principios de los noventa contribuyeron al divorcio de los jóvenes con el gobierno de Felipe González, de manera que si el Partido Socialista (PSOE) consiguió mantener un volumen parecido de votos entre 1986 y

1996 (en torno a nueve millones) fue por la sencilla razón de que consiguió compensar las salidas de votantes más bien jóvenes con entradas de otros nuevos que acudían atraídos por la oferta socialista en materia de sanidad y pensiones, tanto más por cuanto estos últimos se mostraban temerosos ante la eventual llegada al gobierno de un partido de corte neoliberal, tal como sugerían algunas proclamas del Partido Popular (PP) en los años noventa (véase, en particular, González, 2001, 2004, 2009).

Más concretamente, según este argumento, a finales de los ochenta las políticas relacionadas con el mercado de trabajo se enfrentaban explícitamente a un dilema: asegurar el crecimiento económico y promover el dinamismo en el mercado de trabajo mediante medidas de flexibilización o atender la llamada *deuda social* que reclamaban los sindicatos como compensación por el largo periodo de contención de las demandas salariales³. La resolución de este dilema afectaba de distinta manera al núcleo duro de la base electoral socialista según que se tratase, por un lado, de trabajadores con buenos contratos y capacidad para defender sus intereses mediante la actuación sindical o, por el contrario, de trabajadores con dificultades de inserción laboral. El problema es que el triunfo arrollador de los sindicatos en su convocatoria de huelga general contra el Plan de Empleo Juvenil anunciado por el gobierno en 1988 tuvo el efecto de diluir una discusión sobre las dificultades de entrada en el mercado de trabajo e hizo pasar a un segundo plano de la agenda la inserción laboral de los jóvenes. En consecuencia, el protagonismo de los sindicatos no implicó tanto una redistribución a favor de los trabajadores *stricto sensu*, como una redistribución a favor de los trabajadores adultos preocupados por su salida del mercado de trabajo y por cuestiones anexas en materia de sanidad, pensiones, etcétera.

Ciertamente, se puede argüir que, en este contexto, “los costes que los jóvenes asumen en el espacio público, los ven compensados en el espacio privado; [...] mientras que el grueso de los recursos transferidos en forma de rentas van

³ Nótese que el argumento no depende de la validez del supuesto empírico de que la flexibilización del mercado de trabajo contribuye efectivamente a la creación de empleo en general, y de empleo juvenil en particular. Lo importante es que tanto en la desavenencia entre gobierno y sindicatos a finales de los años ochenta como en la contienda electoral entre PSOE y PP en la primera mitad de los noventa fueron recurrentes las referencias al dilema entre, de un lado, flexibilidad y crecimiento de nuevo empleo, y, de otro lado, derechos sociales y protección del empleo de los ya ocupados.

en su mayor parte a los mayores, los menores reciben unos servicios familiares que acompañan a una prolongada formación estatal” (Garrido y Requena, 1996: 56). Pero justamente el hecho de que este “sistema de compensación” estuviese mediado por las familias, que habían de hacer frente a los problemas derivados de la postergación de la emancipación juvenil, y tuviese, por tanto, un carácter *privado*, dificultó que, a partir de él, surgiese una base de apoyo electoral al partido en el gobierno en la que estuviesen incluidos los jóvenes, a los que seguramente no resultaba nada fácil establecer una conexión entre la ayuda que recibían de sus familias y las políticas que promovían la estabilidad laboral de sus mayores⁴.

A tenor de cuanto se acaba de exponer, cabría esperar un fuerte contraste entre las elecciones generales de 1982 y las de 1993 y 1996, de tal manera que en 1982 se registrase una correlación positiva entre edad y voto al PSOE, invirtiéndose esta correlación una década más tarde, debido al envejecimiento del electorado socialista como resultado del doble proceso de enajenación del electorado juvenil –que afrontaba serias dificultades para la inserción estable en el mercado de trabajo y experimentaba como un agravio el desajuste entre su nivel formativo y sus oportunidades laborales– y la atracción del electorado de edades más avanzadas, deseoso de defender las “conquistas sociales” del período precedente⁵. De ser así, el contexto favorecería agudamente la activación de las *propensiones diferenciales* (al cambio y a la estabilidad) que, según nuestra hipótesis de trabajo, caracterizan a jóvenes y viejos, y haría que

⁴ Para no complicar la discusión, dejamos a un lado el hecho de que la apelación a un “sistema de compensación” solo tiene sentido para los jóvenes provenientes de familias encabezadas por trabajadores asalariados estables, beneficiados por las políticas laborales proteccionistas.

⁵ Este tipo de argumento es, en principio, compatible con otras explicaciones que han puesto el énfasis en la diferencia de hábitos y actitudes entre jóvenes y mayores; por ejemplo, con la contraposición, establecida en su momento por Víctor Pérez Díaz (1996), entre el “voto cívico” de los sectores sociales más bien jóvenes, urbanos e ilustrados, y el “voto deferente” de sus contrarios, en un contexto marcado por los escándalos y otros síntomas de degradación democrática. Sin embargo, la tesis de Pérez Díaz choca con los análisis que demuestran que, al menos en las elecciones de 1996, las características sociodemográficas y la posición social de los electores españoles mostraban escasa capacidad para discriminar sus opiniones acerca de la corrupción, y no suponían variaciones significativas en los efectos que dichas opiniones tenían sobre su voto, todo lo cual pone en cuestión la tesis de la dualidad entre un electorado cívico (joven) y uno deferente (mayor) (Caínzos y Jiménez, 2000).

en 1993 y 1996 se acentuase un proceso de realineamiento de los grupos de edad que, de todos modos, ya se debería haber iniciado en 1986 y 1989 (sobre todo, por la mengua de la capacidad para atraer el voto juvenil por parte de una formación política, el PSOE, que ya entonces había dejado de representar la novedad, para convertirse progresivamente en un símbolo del *statu quo*).

También en el caso de la etapa popular liderada por José María Aznar, y más concretamente en su segunda legislatura, se dieron circunstancias que podrían haber contribuido a que el comportamiento de jóvenes y mayores siguiese trayectorias divergentes. Concretamente, cabría esperar que se hubiese producido un proceso de recomposición etaria de los electorados en dos fases claramente diferenciadas: antes y después del 11-M. Así, a lo largo de la legislatura el proceso de envejecimiento característico del partido en el gobierno habría ido de la mano del rejuvenecimiento del electorado del principal partido de la oposición; un proceso acentuado en este caso por el impacto de las reacciones ciudadanas a propósito de la intervención norteamericana en Irak y la posición adoptada por el gobierno español en relación con ella, puesto que los jóvenes albergaban opiniones particularmente negativas respecto a ambas, atribuyendo a estas cuestiones un lugar más prominente en la agenda pública y estuvieron fuertemente sobrerrepresentados en las masivas protestas con motivo de la guerra (Caínzos y Gayo, 2003).

Pero lo específico de este ciclo sería la precipitación del realineamiento electoral en vísperas de la celebración de los comicios como consecuencia de los atentados terroristas del 11-M, de la gestión de esta crisis por parte del gobierno y de la consiguiente reactivación en clave electoral del descontento generado en la opinión pública por la posición del gobierno respecto a la guerra de Irak; todo lo cual, en lo que aquí importa, debería haber propiciado una movilización particularmente intensa o una reorientación del sentido del voto del electorado juvenil, activando su predisposición favorable al cambio⁶. Es decir, los jóvenes constituyen uno de los segmentos electorales a los que cabe suponer más proclives al proceso de *movilización selectiva* que, según diversos análisis (por ejemplo, Barreiro, 2004), tuvo una influencia decisiva sobre el resultado de estas elecciones.

⁶ Para la tesis de la movilización juvenil, véase García-Albacete (2008: 151); sobre la reorientación del voto juvenil a PSOE y PP en comparación con las elecciones de 2000, véase Sanz y Sánchez-Sierra (2005: 30-31).

En cambio, parece más difícil identificar un factor semejante, que contribuyese a amplificar las propensiones diferenciales de jóvenes y mayores en relación con el apoyo al partido gobernante, en el caso del ciclo en el que José Luís Rodríguez Zapatero ocupó la presidencia del gobierno. Y ello por dos razones. Por un lado, una parte de la agenda política de los gobiernos socialistas de esta etapa, muy centrada en cuestiones de libertades y derechos civiles, puede haber resultado especialmente atractiva para la población más joven y un tanto indiferente para el electorado de más edad, lo cual más bien atenuaría la manifestación de sus respectivas tendencias a distanciarse del partido gobernante y a darle su apoyo, respectivamente. Por otro lado, el final del ciclo ha venido marcado por una acción de gobierno y unas condiciones económicas y políticas muy gravosas para todos los grupos etarios (o, al menos, como tales han sido percibidas). En este caso, cabría esperar que la tendencia de los jóvenes a actuar por acción u omisión como vanguardia del cambio político, y la propensión de los ancianos en sentido contrario, se hayan manifestado muy limitadamente y que, en lugar de ello, el PSOE haya experimentado una pérdida generalizada de votos que haya afectado por igual a los electores de todas las edades.

En definitiva, tenemos, de un lado, una hipótesis general acerca de la existencia de una pauta recurrente de comportamiento diferencial de jóvenes y mayores en lo que respecta a su voto al partido de gobierno a lo largo de cada ciclo electoral, asentada en supuestos bastante simples acerca de las predisposiciones psicológicas características de distintas edades (aversión al riesgo y tendencia inercial a apoyar la continuidad, en el caso de los mayores; orientación expresiva, gusto por la novedad, vulnerabilidad al desencanto y retraimiento ante lo ya conocido y rutinario, en el caso de los jóvenes). A ello se unen, de otro lado, hipótesis específicas acerca de la presencia de factores moduladores de aquella pauta, que nos hacen pensar que se debería haber manifestado con más intensidad en los ciclos de 1982-1996 y 1996-2004 que en el ciclo de 2004-2011.

3. LOS DATOS

¿En qué medida el argumento presentado hasta este punto concuerda con la información disponible acerca de la evolución del comportamiento electoral de distintos grupos de edad?

A fin de responder a esta pregunta, hemos acudido a los datos que proporcionan las encuestas postelectorales realizadas por el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) tras cada una de las elecciones generales celebradas en España entre 1982 y 2011, completándolos con los de dos encuestas realizadas pocos meses después de las elecciones de 1979, dado que no disponemos de los datos del estudio postelectoral correspondiente a esos comicios⁷. Por tanto, los datos cubren todas las elecciones del período democrático salvo las primeras (1977).

Los análisis que aquí se presentan son extremadamente simples. Partiendo de un cuadro de contingencia que refleja de manera bastante detallada la distribución de los apoyos de cada grupo de edad a las distintas opciones electorales (incluida la abstención) a lo largo de las sucesivas elecciones (cuadro A, anexo), hemos calculado los ratios entre los porcentajes de apoyo a cada opción por parte de los dos grupos en que se centra nuestro interés (18-29 años y 65 años o más) y el grupo de 40-49 años, que tomamos como referencia de la pauta de comportamiento propia de las edades centrales. El cuadro 1 recoge los ratios calculados a partir de porcentajes en cuya base se incluye la abstención y el voto en blanco (fundidos ambos en una misma categoría), mientras que el cuadro 2 reúne los ratios calculados a partir de porcentajes que toman como base el voto a candidaturas, excluyendo la abstención y el voto en blanco⁸. A ello se añade una comparación de las edades medias de los electores que se decantan por cada opción en cada una de las elecciones (cuadro 3).

4. LA PARTICIPACIÓN DE JÓVENES Y MAYORES: DE LA SEMEJANZA AL CONTRASTE

Antes de centrarnos explícitamente en determinar en qué medida el apoyo de jóvenes y

⁷ Las encuestas utilizadas para las elecciones de 1979 son los estudios números 1189 y 1193 del CIS, de junio-julio de ese año.

⁸ Dado que la abstención ha oscilado a lo largo del tiempo según se trate de elecciones de cambio (las de mayor participación, próxima al 80 por ciento) o de elecciones de continuidad (en torno al 70 por ciento), al leer los datos del cuadro 2 puede ser apropiado atender especialmente a las comparaciones entre elecciones de parecido nivel de participación (cambio, por un lado, y continuidad, por otro). Esta regla vale para todas las elecciones excepto las dos últimas, de 2008 y 2011, en las que la pauta se ha invertido al haberse registrado más participación en la primera, que fue de continuidad, que en la última, que ha sido de cambio.

viejos al partido de gobierno se ajusta a la pauta que hemos sugerido, vale la pena detenerse un momento en el examen de la evolución de los niveles de participación.

Como se puede observar en el cuadro 1 (y, más detalladamente, en el cuadro A del anexo), al inicio del período democrático tanto jóvenes (18-29) como mayores de 64 años presentaban unos niveles de abstención claramente por encima de la pauta marcada por el grupo intermedio de edad (40-49) tomado como referencia. Esto ocurre durante todas las elecciones que van de 1979 hasta finales de los años ochenta. Considerada en términos absolutos, la tasa de abstención de los grupos de edad extremos (18-24 y 75 años o más) alcanzó en algunos momentos valores extraordinariamente

altos: 50 por ciento o más en 1979, en torno al 40 por ciento en 1986 y 1989. En términos relativos, entre 1979 y 1989, jóvenes y mayores se mantuvieron invariablemente como las categorías de edad más abstencionistas, aunque la intensidad de su infrarrepresentación entre los votantes fluctuó de una a otra elección y nunca volvió a ser tan grande como en 1979. Lo importante es, en todo caso, la semejanza en el comportamiento de jóvenes y mayores, que refleja la existencia de una relación curvilínea entre edad y participación electoral, bien conocida por los estudiosos de la participación política.

Sin embargo, la situación cambió radicalmente en la primera mitad de los años noventa, pues la pauta vigente hasta entonces se atenuó en

CUADRO 1

RATIOS ENTRE EL RECUERDO DE VOTO EN ELECCIONES GENERALES DE CADA GRUPO DE EDAD Y EL DEL GRUPO DE 40-49 AÑOS (BASADAS EN LOS PORCENTAJES CON RESPECTO A CENSO)

Elección	Edad	Ratio con respecto a 40-49					
		AP/CD/PP	PSOE	PCE/IU	UCD/CDS	Otros	Abstención
1979	18-29	0,63	0,69	1,28	0,27	1,74	2,68
	65 o más	0,83	0,36	0,64	0,81	0,98	2,53
1982	18-29	0,46	1,13	1,07	0,44	1,00	1,80
	65 o más	0,78	0,82	0,62	1,45	0,85	1,64
1986	18-29	0,49	0,83	1,59	0,40	1,09	2,13
	65 o más	0,79	0,90	0,43	0,38	1,00	1,88
1989	18-29	0,59	0,65	1,50	0,46	1,08	2,00
	65 o más	0,95	0,96	0,31	0,52	0,76	1,63
1993	18-29	0,74	0,79	0,98		1,28	1,61
	65 o más	0,82	1,33	0,34		0,73	1,25
1996	18-29	0,81	0,65	1,33		1,19	1,65
	65 o más	1,03	1,27	0,29		1,12	0,75
2000	18-29	0,77	0,66	0,81		0,77	1,65
	65 o más	1,38	1,06	0,40		0,72	0,80
2004	18-29	0,64	0,80	0,66		1,05	1,96
	65 o más	1,48	0,81	0,13		0,94	1,03
2008	18-29	0,77	0,86	1,29		0,59	1,58
	65 o más	1,18	1,09	0,43		0,69	0,86
2011	18-29	0,71	0,73	0,88		1,01	1,49
	65 o más	1,29	1,21	0,36		0,51	0,91

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de encuestas postelectorales del CIS (Estudios 1189, 1192, 1193, 1327, 1543, 1842, 2061, 2210, 2384, 2559, 2757, 2920).

las elecciones de 1993, quebrándose por completo en las de 1996. En estas últimas elecciones, los jóvenes siguieron destacando por su nivel de abstención, pero los viejos alteraron su comportamiento y comenzaron a participar electoralmente por encima del conjunto del electorado y de nuestro grupo de referencia, algo que han hecho regularmente desde entonces. El resultado es que la relación curvilínea entre edad y participación deja paso a una relación lineal positiva⁹.

La diferencia entre la evolución de la participación de los jóvenes y la de los viejos se puede expresar de otra manera, quizá más gráfica. En tres de las cuatro elecciones celebradas entre 1979 y 1989 (todas salvo las de 1982), los menores de 30 años y los mayores de 64 coincidieron en que “su partido” (es decir, la opción por la que se inclinó una mayor proporción de estos electores) fue la abstención. La situación cambió por completo a partir de las elecciones de 1993. Desde entonces, siempre ha habido algún partido que obtuviese entre los viejos un porcentaje mayor que el de abstencionistas en este grupo de edad (y esto se cumple incluso para los mayores de 74 años). En cambio, la abstención ha seguido siendo la opción mayoritaria entre los jóvenes en todos los comicios, incluso en aquellos en los que la movilización global del electorado fue más alta, llegando en algunos momentos (2000 y 2011) a reproducir valores absolutos tan altos como los que había alcanzado en 1979 (véase el cuadro A del anexo).

Se puede afirmar, por tanto, que, a diferencia de los jóvenes, los viejos se insertaron plenamente en el juego electoral en los años noventa, y que esa integración ha alterado de manera permanente su patrón de comportamiento. En línea con la

⁹ Esta transformación de la pauta ha sido señalada en trabajos como los de Pallarés, Fraile y Riba (2007: 119-120) o García-Albacete (2008: 150), e incluso fue vislumbrada por Justel (1995: 221) en un análisis en que todavía se ponía de manifiesto el predominio de la pauta curvilínea “tradicional”. En realidad, como se puede ver en el cuadro A (anexo), la “nueva” relación no es estrictamente lineal, pues desde 1996 las tasas de participación de los electores de 50-64 y 65-74 años son prácticamente idénticas, mientras que, salvo en 1996, la de los mayores de 74 años es sustancialmente menor (más semejante a la de los votantes entre 40 y 49 años). Por tanto, se podría describir el cambio de pauta como un desplazamiento (hacia edades más tardías) del descenso de participación característico de una relación curvilínea. Sin embargo, lo que nos parece destacable es que, desde 1996, incluso los más viejos participan más que los menores de 40 años; y ello, a pesar de que puede pensarse que una parte no despreciable de la abstención que se registra a edades muy avanzadas es forzada por las condiciones de salud, los problemas de movilidad y otros factores involuntarios.

descripción de la dinámica de los ciclos electorales presentada en la sección anterior, es tentador atribuir este cambio al protagonismo alcanzado en aquel momento por las políticas sociales en el debate político y electoral (recuérdese, en particular, el tema de las pensiones, muy presente en las campañas de 1993 y 1996). Esa atribución parece verosímil habida cuenta de que en 1996 incluso los electores de 75 o más años exhibieron un nivel de abstención insólitamente bajo (16,4 por ciento, la mitad que los electores más jóvenes)¹⁰.

Con independencia de cuál fuese su causa, esta alteración de los niveles de participación de los votantes mayores ha influido sobre la dinámica cíclica que constituye nuestro foco principal de interés, haciendo que la variación en el nivel de abstención desempeñe un papel menos relevante en las fluctuaciones de su apoyo al partido de gobierno que en las del apoyo prestado por los jóvenes.

5. EL APOYO AL PARTIDO DEL GOBIERNO A LO LARGO DEL CICLO

Volvamos a la cuestión que en mayor medida nos interesa: la distribución de preferencias por los partidos y, más concretamente, la evolución del apoyo al partido de gobierno. Los datos presentados en los cuadros 1, 2 y 3 (y, con más matices, los consignados en el cuadro A) confirman, en términos generales, la existencia de pautas diferenciales de evolución del voto de jóvenes y mayores a lo largo de los ciclos políticos y, en particular, la que podemos denominar pauta de fin de ciclo.

Veremos separadamente los movimientos de uno y otro grupo, tanto a través de ratios en cuyo cálculo se considera el efecto de la abstención, en cuanto es una de las opciones electorales relevantes (cuadro 1; también cuadro A), como a través de ratios calculados únicamente a partir de los porcentajes de votos a candidaturas (cuadro 2). Posteriormente, examinaremos el cambio en la edad media de los

¹⁰ Es verdad que el aumento de los niveles de participación electoral de los mayores, al menos hasta los 75 años, es un fenómeno que se ha dado en otras democracias (Harrop y Miller, 1987). Sin embargo, si estuviésemos ante un cambio inducido por factores sociales de gran alcance, lo esperable sería una modificación paulatina del comportamiento de los viejos, y no un cambio tan acelerado y acotado en el tiempo como el que se registra en España, que parece más natural atribuir a la influencia de un contexto político peculiar (y a la posterior rutinización de la nueva pauta de comportamiento).

electores que optan por cada alternativa electoral (cuadro 3).

Empezando por el comportamiento de los mayores, el examen de los datos del cuadro 1 (y del cuadro A) pone de manifiesto la existencia de una pauta cíclica bastante robusta. Es muy clara en el primer ciclo. En 1982, los electores de más de 64 años votaron menos al PSOE (y más a UCD o CDS, es decir, a las fuerzas identificables con el gobierno saliente) que cualquier otro grupo de edad y, en especial, que el grupo de 40-49 años, que se toma como referencia en el cálculo de los ratios presentados en el cuadro 1. Esa infrarrepresentación entre los votantes del PSOE fue menguando paulatinamente en elecciones posteriores, hasta invertirse y dar paso a la sobrerrepresentación en las de 1993 y 1996, en las cuales los más viejos se convirtieron

en la principal línea defensiva de los socialistas (véase el cambio desde ratios inferiores a 1 en las elecciones de los años ochenta a ratios de 1,33 y 1,27 en las de los años noventa). Hay, pues, un respaldo creciente al partido gobernante a medida que este ostenta durante más tiempo el poder.

La misma pauta se reproduce en el ciclo popular, aunque en este caso partiendo de un porcentaje de voto al PP sustancialmente más alto, equiparable al del grupo de referencia (40-49 años). El voto de los mayores al PP aumenta apreciablemente en 2000 y se mantiene (e incluso puede haber crecido ligeramente) en 2004, cuando se produce el cambio de mayoría en un contexto convulso. Lo más importante es que, en términos comparativos con los electores de edades intermedias, los viejos incrementan su apoyo de

CUADRO 2

RATIOS ENTRE EL RECUERDO DE VOTO EN ELECCIONES GENERALES DE CADA GRUPO DE EDAD Y EL DEL GRUPO DE 40-49 AÑOS (BASADAS EN LOS PORCENTAJES CON RESPECTO A VOTO A CANDIDATURAS)

Elección	Edad	Ratio con respecto a 40-49				
		AP/CD/PP	PSOE	PCE/IU	UCD/CDS	Otros
1979	18-29	0,99	1,09	2,01	0,42	2,75
	65 o más	1,25	0,54	0,96	1,21	1,47
1982	18-29	0,56	1,36	1,29	0,53	1,20
	65 o más	0,90	0,95	0,71	1,68	0,98
1986	18-29	0,66	1,12	2,16	0,54	1,48
	65 o más	0,99	1,13	0,55	0,47	1,26
1989	18-29	0,80	0,88	2,03	0,62	1,45
	65 o más	1,13	1,15	0,37	0,62	0,91
1993	18-29	0,86	0,92	1,14		1,49
	65 o más	0,87	1,41	0,36		0,78
1996	18-29	0,96	0,77	1,59		1,43
	65 o más	0,97	1,20	0,28		1,06
2000	18-29	1,05	0,90	1,10		1,05
	65 o más	1,28	0,98	0,37		0,66
2004	18-29	0,83	1,05	0,87		1,38
	65 o más	1,49	0,82	0,13		0,95
2008	18-29	0,95	1,08	1,61		0,74
	65 o más	1,12	1,04	0,41		0,66
2011	18-29	0,91	0,93	1,11		1,28
	65 o más	1,22	1,16	0,35		0,49

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de encuestas postelectorales del CIS (Estudios 1189, 1192, 1193, 1327, 1543, 1842, 2061, 2210, 2384, 2559, 2757, 2920).

manera notable a lo largo del ciclo (el ratio aumenta desde 1,03 hasta 1,48).

Por último, el ciclo protagonizado por Rodríguez Zapatero todavía se ajusta, en bastante medida, a la misma lógica, a condición de que la conducta de los votantes mayores se interprete en términos comparativos con otros grupos de edad. En las elecciones de 2004, cuando los socialistas recuperaron el poder, el apoyo de los mayores al PSOE fue algo menor que el del conjunto del electorado y bastante inferior al del grupo de referencia (40-49 años) (ratio de 0,81). Como era previsible, aumentó apreciablemente en las elecciones siguientes, tanto en términos absolutos como, más importante para nosotros, en términos relativos (2008) (ratio de 1,09). Finalmente, en 2011, el voto al PSOE de los votantes mayores ha sufrido una severa disminución en términos absolutos, pero esta ha sido menos intensa que la observada en el voto de los electores más jóvenes, de modo que, considerado en términos relativos, el apoyo de los mayores al partido gobernante fue bastante alto (ratio de 1,29).

No obstante, conviene subrayar que, de los tres períodos en que hemos centrado nuestra atención, este último es el único a cuyo término el voto de los mayores se dirige en medida mucho mayor al principal partido de la oposición (el PP) que al partido que desempeña las labores de gobierno (el PSOE). Solo había ocurrido algo semejante en 1982, cuando se cerró el primer ciclo electoral de la democracia, el correspondiente a la transición, y se consumó el hundimiento de las formaciones de centro; pero incluso entonces, el desplazamiento del voto de los mayores fue menos abrupto que en 2011 (consistiendo, en buena parte, en la fragmentación del apoyo a formaciones conservadoras), pues el porcentaje de votos obtenido en este grupo de edad por el PSOE quedó por debajo de la suma de los recibidos por Alianza Popular (AP), Unión de Centro Democrático (UCD) y el Centro Democrático y Social (CDS). Por tanto, se puede afirmar que nunca un partido en el gobierno había sido tan incapaz de retener (o ganarse) la fidelidad de los electores de edad más avanzada como lo ha sido el PSOE en 2011.

El examen del cuadro 2, que recoge los ratios calculados a partir de porcentajes que toman como base el voto a candidaturas, permite ratificar estas conclusiones. Al descontar el peso de la abstención, se percibe más claramente que los votantes mayores siempre están claramente sobrerrepresentados (en comparación con los electores de 40-49 años)

en el apoyo al partido que afronta las elecciones de principio/fin de ciclo desde posiciones de gobierno; que, a lo largo del ciclo, tienden a aumentar su apoyo al partido gubernamental; y que, incluso en el momento en que este pierde las elecciones, lo votan relativamente más que los electores de edades intermedias. Las elecciones de 2011 son las únicas en las que esta pauta se ve modificada por un balance favorable al principal partido de la oposición.

En conclusión, el voto de los mayores a lo largo del ciclo político sigue, en conjunto, la dinámica que cabría esperar de acuerdo con la hipótesis general expuesta en la primera sección, de modo que su comportamiento parece inspirado por el principio de evitación del riesgo y por la tendencia a acudir en apoyo del partido de gobierno una vez que este ha consolidado su posición. Sin embargo, esa pauta de comportamiento se manifiesta de manera un tanto atenuada en el tercero de los ciclos considerados en nuestro análisis (pues solo se da en términos relativos, no desde el punto de vista de la magnitud absoluta de los apoyos de cada partido), algo que podría deberse a la influencia de factores contextuales que, según se ha anticipado, privan al apoyo gubernamental de ese carácter de apuesta por la estabilidad social, económica y política. Hay indicios, pues, de que la predisposición favorable al partido de gobierno por parte de los mayores no es inmune a las circunstancias adversas, sino que sus efectos son modulados por la actuación del gobierno y por el clima social.

En el caso de los jóvenes, también se aprecian signos de que su comportamiento a lo largo de los ciclos políticos sigue un patrón bastante regular, pero este es más complejo y no tan inmediatamente reconocible como el de los mayores. Atendiendo a los porcentajes absolutos de apoyo a cada partido (cuadro A, anexo), se puede constatar que el apoyo electoral de los jóvenes al partido de gobierno sufre una clara erosión a lo largo de cada uno de los tres ciclos políticos, de la cual se benefician, en cierta medida, otros partidos, pero que, sobre todo, se traduce en un aumento de su tasa de abstención. Los ratios presentados en los cuadros 1 y 2 dan cuenta de ese mismo proceso de erosión, considerado en términos relativos.

El proceso es particularmente claro durante el primer ciclo socialista: el PSOE consiguió en

1982 un histórico nivel de apoyo de los jóvenes, que, por primera y única vez, constituyeron el grupo de edad del que los socialistas obtuvieron un mayor porcentaje de votos, desempeñando de manera perfecta el papel de vanguardia del cambio electoral¹¹. Ese apoyo excepcional sufrió importantes reducciones en 1986 y 1989, experimentó una leve recuperación en 1993 y cayó de nuevo en 1996; entre el principio y el final del ciclo, el PSOE vio reducido a aproximadamente la mitad el porcentaje de votos que consiguió en el electorado juvenil. La lectura de los ratios consignados en el cuadro 1 permite seguir esa evolución comparando a los jóvenes con los electores de edades comprendidas entre 40 y 49 años: de un ratio de 1,13 en 1982 se pasa a ratios ligeramente por debajo de 1 en 1986 y 1989, para acabar en valores muy inferiores en la primera mitad de los noventa: 0,79 en 1993, y 0,65 en 1996.

Aunque de modo menos rotundo, también se observa un proceso de cambio semejante a lo largo del ciclo popular. Si bien los jóvenes destacaron por representar uno de los grupos que menos contribuyó al triunfo del PP en 1996, fueron en un cierto sentido avanzadilla del cambio electoral, pues el crecimiento de su porcentaje de voto al PP entre 1989 y 1993 fue mayor que el de cualquier otro grupo, tanto en términos absolutos (diez puntos porcentuales frente a 8,5 en el conjunto del electorado) como, sobre todo, relativos (76 por ciento frente a 47 por ciento), anticipándose así al cambio que se hizo efectivo en 1996. Pero lo más claro es que, una vez llegado el PP al gobierno, su cuota de voto entre los jóvenes disminuyó en 2000 (al mismo tiempo que crecía, aunque fuese ligeramente, en otros grupos de edad) y lo hizo nuevamente, en mayor medida que en cualquier otro grupo, en 2004, de modo que, de nuevo, los jóvenes mostraron su escaso apego por un partido en el gobierno. Este proceso de cambio se traduce en ratios con valores en disminución: 0,81 en 1996, 0,77 en 2000 y 0,64 en 2004, considerando la abstención.

Finalmente, en el segundo ciclo socialista, bajo la presidencia de José Luis Rodríguez Zapatero, se reprodujo, con algunas variaciones, la misma dinámica. Aunque, en términos absolutos, los jóvenes no destacaron en 2004 por un porcentaje

¹¹ Recuérdese que las elecciones de 1982 fueron las únicas en las que un partido (el PSOE) recibió entre los jóvenes un porcentaje de voto que superó al porcentaje de abstencionistas en ese mismo grupo de edad.

de voto al PSOE especialmente alto, constituyeron el grupo cuyo apoyo creció en mayor medida entre 2000 y 2004; además, tomando como base los votos a candidaturas, descontando la abstención, se constata que entre los jóvenes se concentró en mayor medida el apoyo al PSOE en 2004 (46 por ciento). A partir de ese momento, el voto juvenil al partido en el gobierno experimentó en 2008 un descenso semejante al del conjunto de los electores menores de 50 años (y superior al de los mayores), y en 2011 una fortísima disminución, que superó a las de los demás grupos de edad (el voto de los electores de 18-29 años al PSOE cayó un 49 por ciento con respecto a las elecciones inmediatamente anteriores). La evolución de los ratios de apoyo al PSOE por parte de los jóvenes en comparación con los de los electores de 40-49 mostró un aumento leve entre 2004 y 2008, y una disminución apreciable en 2011.

Sin embargo, es importante hacer dos observaciones adicionales respecto al comportamiento de los jóvenes. La primera es que el segundo ciclo socialista presenta una peculiaridad: el apoyo de los jóvenes se mantuvo desde 2004 a 2008 (e incluso podría haber aumentado ligeramente en comparación con el grupo de 40-49 años), quizás como consecuencia de la adopción por parte de los gobiernos presididos por José Luis Rodríguez Zapatero de una agenda con un fuerte componente que podríamos calificar de *postmaterialista* o de *nueva izquierda*, centrado en materias relacionadas con los derechos y las libertades civiles, y salpicado por guiños multiculturalistas y pacifistas, todo lo cual podría haber conectado con un sector importante de la población juvenil. Esto mismo podría explicar que, aunque el apoyo de los jóvenes al PSOE se redujo de manera drástica en 2011, lo cierto es que su infrarrepresentación entre los votantes del partido gobernante no resultó tan intensa como al final de los anteriores ciclos electorales (ratio de 0,73 frente a 0,64 en 2004, y 0,65 en 1996). De nuevo, como en el caso de los mayores, hay aquí signos de que la activación de las propensiones distintivas de cada grupo de edad es modulada por factores políticos contextuales, empezando por la actuación y el discurso del partido en el gobierno.

Conviene, asimismo, señalar un rasgo recurrente del comportamiento de los jóvenes: su predisposición positiva hacia Izquierda Unida (IU). Esta predisposición, presente desde el mismo momento de la creación de esta formación política, se pone de manifiesto particularmente

CUADRO 3

EDAD MEDIA DE LOS VOTANTES DE CADA OPCIÓN Y DE LOS ABSTENCIONISTAS

Elección	AP/CD/PP		PSOE		PCE/IU		UCD/CDS	
	Media	N	Media	N	Media	N	Media	N
1979	45,4	60	39,5	522	38,9	96	47,8	688
1982	46,6	291	40,8	931	40,1	54	48,7	147
1986	46,9	1.087	43,6	2.942	35,4	307	43,1	650
1989	46,9	459	45,1	901	35,6	216	44,0	116
1993	44,5	1.092	46,4	1.554	37,6	378		
1996	45,9	1.369	47,4	1.529	36,6	476		
2000	48,5	1.773	47,1	1.054	40,2	226		
2004	50,3	1.219	44,9	2.052	38,5	208		
2008	47,9	1.432	47,6	2.455	40,9	215		
2011	49,7	2.030	49,5	1.280	42,8	344		

Elección	Otros		Blanco/Abstención		Total	
	Media	N	Media	N	Media	N
1979	39,8	189	39,7	349	41,8	1.904
1982	41,5	153	40,8	281	42,7	1.857
1986	42,7	725	41,3	1.263	43,1	6.974
1989	41,0	278	41,0	550	43,0	2.520
1993	41,0	482	40,9	745	43,3	4.251
1996	42,8	448	37,8	700	43,4	4.522
2000	43,5	445	39,0	946	44,3	4.444
2004	44,1	391	39,8	707	44,8	4.577
2008	45,7	353	41,8	885	45,7	5.340
2011	43,4	750	43,0	1.072	46,4	5.476

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de encuestas postelectorales del CIS (Estudios 1189, 1192, 1193, 1327, 1543, 1842, 2061, 2210, 2384, 2559, 2757, 2920).

cuando se tiene en cuenta el porcentaje de votos sobre el total a candidaturas (es decir, descontando el efecto de la abstención). En este caso, se comprueba que, en todas las elecciones celebradas desde 1986, el apoyo a IU entre los votantes jóvenes fue mayor que en el conjunto de los votantes, y que en todas, salvo las de 2004, fue

mayor que en la categoría de edad intermedia que tomamos como referencia (cuadro 2)¹².

¹² Hay también una tendencia a la sobrerrepresentación de los jóvenes en el voto a otros partidos; las de 2008 son una clara excepción.

En conjunto, todos estos datos sugieren que los jóvenes solo actuaron inequívocamente como vanguardia *activa* del cambio en el ciclo iniciado en 1982, cuando concentraron su voto de manera muy intensa en el partido que accedió al gobierno desde la oposición. No obstante, también se situaron en la punta de lanza del cambio electoral en 1993, 1996, 2004 y, en menor medida, 2011, aunque fuese a través de su abstención o de su apoyo a opciones electorales sin posibilidades de acceder al gobierno. En ninguno de estos años constituyeron el grupo que aportó más votos al partido que tomó el relevo del gobierno, pero sí adquirieron un especial protagonismo en el castigo al partido gobernante (aunque fuese absteniéndose o votando a un tercer partido, como IU en 1996). Además, en el inicio de los ciclos, el talante “innovador” de los jóvenes se tradujo en un fuerte *crecimiento* del porcentaje de voto que dieron al partido emergente en comparación con las elecciones inmediatamente anteriores.

En cualquier caso, lo que se pone claramente de manifiesto es la escasa propensión de los jóvenes a respaldar al partido en el gobierno en los momentos críticos y su complementaria tendencia a situarse en primera línea de la defección. Lo que ocurre es que esa particularidad del voto juvenil no se manifiesta de manera única (y, a menudo, ni siquiera principal) a través del voto al principal partido de la oposición, sino también mediante la abstención y/o el voto a terceros partidos, como IU. Diríase, pues, que el carácter “innovador” del comportamiento electoral de los jóvenes se expresa más en el rechazo al partido gobernante que en un apoyo particularmente entusiasta a la alternativa que ofrece el otro partido con posibilidades reales de alcanzar el gobierno.

Los datos sobre la evolución de la edad media de las bases electorales de cada partido (y de la abstención) que se presentan en el cuadro 3 proporcionan una suerte de síntesis o balance del efecto conjunto de las fluctuaciones del voto de los distintos grupos de edad. Como es lógico, las edades medias resultan de la distribución de los apoyos electorales de cada grupo de edad y del tamaño de estos grupos. Por tanto, las pautas de comportamiento electoral que hemos observado en viejos y jóvenes deberían traducirse en un proceso de envejecimiento del electorado de los partidos de gobierno a lo largo del ciclo político (siempre descontando el posible efecto de envejecimiento del conjunto del electorado).

Ese proceso es muy claro en el primer ciclo de hegemonía del PSOE: la edad media de sus votantes experimentó una elevación paulatina, hasta dar lugar a un aumento de 6,6 años entre 1982 y 1996, a pesar de que, en ese mismo período, la edad media del electorado se incrementó en menos de un año. Es muy evidente también en la etapa de gobiernos del PP, cuya base electoral envejeció 4,4 años en dos legislaturas (en un período en que el aumento de la edad media del electorado fue de apenas un año y medio). Y se ha repetido en el segundo ciclo socialista, con un aumento de la edad media de sus votantes de 4,6 entre 2004 y 2011. En los tres casos, el envejecimiento del electorado del partido en el gobierno ha ido acompañado de un rejuvenecimiento de la base electoral del principal partido de la oposición (y del de UCD y CDS a lo largo de las elecciones de los años ochenta), si bien la magnitud de este rejuvenecimiento siempre ha sido muy inferior a la del envejecimiento.

Al mismo tiempo, se constata que las bases de IU, ejemplo prototípico de partido sin posibilidades reales de acceder al gobierno de la nación, y formación que tiende a recibir un apoyo relativamente amplio entre los jóvenes y muy escaso entre los ancianos, no están sometidas a una pauta regular de cambio del perfil de edad a lo largo del ciclo. Desde 1986, en que remplazó al Partido Comunista de España (PCE) como opción electoral, sus votantes han sido notablemente más jóvenes que los de las formaciones mayoritarias y que el conjunto del electorado.

6. PARA CONCLUIR

En este trabajo hemos explorado el comportamiento electoral de los dos grupos del electorado que se ubican en los extremos del *continuum* de edad, centrandó la atención especialmente en la evolución de este comportamiento a lo largo de los ciclos electorales. Concretamente, hemos partido de la hipótesis de que la conducta de estos dos grupos de edad sigue pautas cíclicas diferentes, basadas en predisposiciones psicológicas de signo opuesto, que se traducen, en el caso de los jóvenes, en una tendencia a la desafección al partido en el gobierno a medida que transcurre el ciclo político y, en el de los mayores, en una propensión a sumarse a la base electoral del partido gobernante y perseverar en apoyarlo hasta que es relevado por un nuevo partido. Además, hemos sugerido que la

intensidad de la expresión conductual de esas predisposiciones diferenciales de jóvenes y viejos es modulada por factores contextuales, entre los cuales destaca la sintonía entre las políticas puestas en marcha por el gobierno y los intereses, valores y, en definitiva, prioridades de cada grupo de edad.

En términos generales, el examen de la evolución de los datos proporcionados por las encuestas postelectorales del CIS confirma la existencia de la pauta cíclica esperada y apunta a la relevancia de los factores contextuales en la modulación de su intensidad. Ambas afirmaciones han de ir acompañadas de matices acerca del comportamiento de cada grupo en determinados momentos, de los cuales el lector ha recibido noticia en el texto que aquí concluye.

BIBLIOGRAFÍA

BARREIRO, B. (2004), "14-M: elecciones a la sombra del terrorismo", *Claves de Razón Práctica*, 141: 14-22.

CAÍNZOS, M. y M. GAYO (2003), "El perfil social y político de los participantes en las protestas con motivo de la guerra de Irak". Ponencia presentada a las *II Jornadas del Comité de Investigación sobre Sociología Política de la Federación Española de Sociología* (Madrid, 11-12 de diciembre de 2003).

CAÍNZOS, M. y F. JIMÉNEZ (2000), "El impacto de los escándalos de corrupción sobre el voto en las elecciones generales de 1996", *Historia y Política*, 4: 93-133.

GARCÍA-ALBACETE, G.M. (2008), "¿Apatía política? Evolución de la implicación de la juventud española desde los años 80", *Revista de Estudios de Juventud*, 81: 133-159.

GARRIDO, L. y M. REQUENA (1996), *La emancipación de los jóvenes en España*, Madrid, Instituto de la Juventud.

GONZÁLEZ, J.J. (2001), "Clases, cohortes, partidos y elecciones: un análisis de la experiencia española (1986-1996)", *Revista Internacional de Sociología*, 29: 91-113.

GONZÁLEZ, J.J. (2004), "Las bases sociales de la política española", *Revista Española de Sociología*, 4: 119-142.

GONZÁLEZ, J.J. (2009), "Voto estructural, racional y mediatizado en las elecciones generales españolas de 1996, 2000 y 2004", *Revista Internacional de Sociología*, 67 (2): 285-307.

HARROP, M. y W. MILLER (1987), *Elections and voters: A comparative introduction*, Londres, Macmillan.

JUSTEL, M. (1995), *La abstención electoral en España, 1977-1993*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.

PALLARÉS, F.; FRAILE, M. y C. RIBA (2007), "Variables socioestructurales y comportamiento electoral en las elecciones generales españolas. Una perspectiva evolutiva, 1979-2000", *Revista de Estudios Políticos*, 135: 109-158.

PÉREZ DÍAZ, V. (1996), *España puesta a prueba*, Madrid, Alianza Editorial.

SANZ, A. y A. SÁNCHEZ-SIERRA (2005), *Las elecciones generales de 2004 en España: política exterior, estilo de gobierno y movilización*, Working Paper Online Series, estudio 48/2005, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid.

ANEXO

CUADRO A. RECUERDO DE VOTO EN ELECCIONES GENERALES, POR GRUPO DE EDAD. PORCENTAJES CON RESPECTO A CENSO

Elección	Edad	Recuerdo de voto						N no ponderado
		AP/CD/PP	PSOE	PCE/IU	UCD/CDS	Otros	Blanco/Abstención	
1979	18-24	3,1	17,0	8,3	7,4	14,5	49,8	340
	25-29	2,4	20,8	8,8	15,0	9,0	44,0	193
	30-39	4,2	28,2	8,2	23,3	14,1	22,1	390
	40-49	4,5	26,3	6,6	37,5	7,2	17,9	329
	50-64	5,7	20,5	6,8	31,5	15,8	19,6	390
	65-74	3,4	10,8	5,3	33,7	6,4	40,3	188
	75 o más	4,6	6,3	1,7	22,7	8,6	56,1	72
	Total	4,0	20,5	7,2	23,5	11,9	32,8	1.902
1982	18-24	10,6	41,7	2,9	3,4	8,3	33,1	336
	25-29	14,8	39,0	4,3	3,9	9,8	28,2	196
	30-39	19,5	42,7	3,7	8,0	10,3	15,7	386
	40-49	26,2	36,1	3,2	8,3	8,8	17,4	301
	50-64	29,7	35,6	2,8	9,1	8,2	14,7	377
	65-74	18,8	28,6	1,6	13,2	8,1	29,7	188
	75 o más	24,8	32,2	2,9	9,0	5,7	25,4	72
	Total	20,7	37,7	3,1	7,6	8,8	22,1	1.856
1986	18-24	11,1	26,1	5,0	4,3	10,3	43,2	1.267
	25-29	12,5	32,2	5,5	3,7	11,3	34,9	726
	30-39	15,3	31,6	3,4	7,9	11,2	30,7	1.262
	40-49	23,8	34,1	3,2	10,1	9,8	18,9	1.109
	50-64	24,6	30,5	1,6	7,2	11,6	24,6	1.543
	65-74	18,9	32,5	1,4	4,2	9,3	33,7	772
	75 o más	18,3	26,0	1,4	2,7	11,1	40,4	284
	Total	18,0	30,6	3,2	6,3	10,7	31,2	6.963
1989	18-24	13,1	20,9	6,9	3,8	12,7	42,7	418
	25-29	13,9	20,0	11,5	3,0	12,2	39,3	280
	30-39	12,4	29,5	9,3	6,1	13,3	29,5	480
	40-49	22,8	31,5	5,8	7,6	11,6	20,7	431
	50-64	22,8	30,1	3,8	7,6	11,8	23,9	503
	65-74	20,9	31,8	2,0	4,5	9,3	31,4	282
	75 o más	22,9	26,4	1,3	2,7	8,0	38,6	125
	Total	17,9	27,4	6,3	5,5	11,8	31,0	2.519
1993	18-24	23,7	21,2	8,7		14,9	31,5	737
	25-29	23,4	26,4	7,1		14,6	28,4	473
	30-39	21,9	29,1	9,5		15,1	24,4	806
	40-49	31,8	29,5	8,3		11,6	18,8	652
	50-64	30,6	31,5	4,4		14,4	19,1	913
	65-74	27,1	39,6	3,0		8,4	21,9	474
	75 o más	23,3	38,3	2,4		8,6	27,4	191
	Total	26,4	29,5	6,8		13,3	24,0	4.246

ANEXO (continuación)

CUADRO A. RECUERDO DE VOTO EN ELECCIONES GENERALES, POR GRUPO DE EDAD. PORCENTAJES CON RESPECTO A CENSO

Elección	Edad	Recuerdo de voto						N no ponderado
		AP/CD/PP	PSOE	PCE/IU	UCD/CDS	Otros	Blanco/Abstención	
1996	18-24	24,9	19,9	10,3		11,1	33,9	769
	25-29	26,3	21,4	11,2		9,1	32,0	481
	30-39	24,5	27,5	11,4		12,1	24,6	904
	40-49	31,6	31,7	8,0		8,6	20,0	679
	50-64	38,3	31,4	6,0		10,8	13,5	926
	65-74	31,6	41,4	2,9		9,7	14,4	504
	75 o más	34,1	38,4	1,3		9,7	16,4	255
	Total	29,9	29,0	8,1		10,4	22,6	4.518
2000	18-24	19,8	16,9	4,1		8,0	51,2	664
	25-29	24,6	18,3	4,7		9,4	42,9	458
	30-39	27,2	21,3	3,8		11,4	36,3	872
	40-49	28,0	26,4	5,3		11,1	29,1	678
	50-64	40,2	26,8	2,9		10,1	19,9	875
	65-74	39,5	28,6	2,5		9,9	19,5	586
	75 o más	37,3	26,8	1,4		4,5	30,0	311
	Total	30,4	23,3	3,7		9,7	32,9	4.444
2004	18-24	16,0	30,6	3,8		9,0	40,6	642
	25-29	18,3	30,3	5,2		10,3	35,9	471
	30-39	24,1	29,9	4,2		11,2	30,5	939
	40-49	26,5	38,0	6,7		9,1	19,7	777
	50-64	38,2	31,9	2,6		11,0	16,3	842
	65-74	40,9	32,3	0,6		9,1	17,2	593
	75 o más	36,4	28,5	1,3		7,6	26,2	313
	Total	28,2	31,9	3,7		9,9	26,3	4.577
2008	18-24	23,2	26,6	3,0		5,6	41,5	572
	25-29	22,2	29,1	3,9		6,4	38,4	492
	30-39	28,0	29,4	3,3		9,8	29,6	1.161
	40-49	29,7	32,1	2,7		10,1	25,3	977
	50-64	31,8	37,5	3,4		8,6	18,7	1.087
	65-74	39,7	34,0	1,5		7,7	17,2	595
	75 o más	28,9	36,4	0,7		6,2	27,8	456
	Total	29,3	32,2	2,8		8,3	27,4	5.340
2011	18-24	22,7	13,8	6,0		12,1	45,5	506
	25-29	23,0	14,2	3,7		14,1	45,0	457
	30-39	25,0	16,5	5,5		15,4	37,6	1.145
	40-49	31,9	19,2	5,6		12,9	30,4	1.098
	50-64	32,1	25,0	5,4		13,7	23,8	1.189
	65-74	42,5	24,3	2,4		6,6	24,2	613
	75 o más	38,3	21,8	1,5		6,7	31,7	468
	Total	30,4	19,6	4,7		12,5	32,9	5.476